

pancias que serán constantes durante toda su vida y que se acentuarán en la última década del siglo. En 1882 y en el ensayo *Del Naturalismo* —verdadera carta magna del naturalismo español— reprochaba a Zola el haberse dejado seducir por el positivismo, y afirmaba que el naturalismo no aspira a confundir el arte con la ciencia, que no depende del positivismo<sup>41</sup>.

Y ya en 1889 y desde *La Publicidad* marcaba distancias insalvables con el positivismo de arbitristas y reformadores de toda laya:

Mucha falta hacen laboratorios, en efecto, y quien sepa entenderse con ellos, sobre todo; pero no se olvide que la ciencia moderna no tiene su gloria junta en las retortas y en las máquinas eléctricas, ni todo lo ve con microscopio; hay algo más que bacterias en el mundo, y el problema filosófico sigue siendo hoy el mismo de siempre<sup>42</sup>.

## IV

Junto al quehacer de Manuel de la Revilla —que merece un estudio detenido— y el de Rafael Montoro, quien, por cierto, analiza *Les origines de la France contemporaine* de Taine, situándola dentro del positivismo historicista que tanta huella dejaría en el pensamiento español de fin de siglo<sup>43</sup>, y compartiendo con agrado la metodología del pensador francés, hay que señalar que la *Revista Contemporánea* fue plataforma de divulgación del positivismo de estirpe comtiana que intelectuales como Estassen y Gener profesaban en Barcelona, donde en enero de 1877 Pedro Estassen iniciaría un ciclo de conferencias en el Ateneo sobre *El positivismo o sistema de las ciencias experimentales*, sentenciando el fin de la metafísica tradicional y apelando a la categoría del «medio ambiente» no sólo para explicar el por qué de la penetración del positivismo en algunos lugares como Cataluña y las reticencias que encontraba en otros, sino también el problema del carácter nacional heredado de los planteamientos del idealismo alemán y de la filosofía dieciochesca. Como ha escrito Diego Núñez, «tanto Estassen como Gener —los dos autores más relevantes como seguidores de la filosofía comtiana en esta época— sostendrán buenas relaciones intelectuales con los neokantianos madrileños —Perojo, Revilla—, y sus firmas aparecerán con frecuencia en las páginas de la *Revista Contemporánea*»<sup>44</sup>.

Vicente Cacho Viu ha puesto de relieve cómo en la Barcelona de la Restauración el positivismo cuajó rápidamente. Muchos círculos, que veían en la doctrina nacionalista una nueva estructuración política estatal, a la par que un principio de regeneración de Cataluña, demasiado sometida a la influencia de Castilla, acogieron con entusiasmo el papel de la *Revista Contemporánea* y su postura crítica respecto del krausismo. Ferrán Agulló escribía en *La Veü de Catalunya* (19-X-1908) recordando a Perojo:

*naturalismo— creo que resulta paradójico que Adolfo Posada, excelente conocedor de Alas, no incluyese en ninguna ocasión a Clarín en tal compartimento krausopositivista que el propio Posada había acuñado.*

<sup>41</sup> L. Alas «Clarín»: «*Del Naturalismo*». La Diana (1882). En S. Beser: Leopoldo Alas: Teoría y práctica de la novela española. Barcelona, Laia, 1972; pág. 126.

<sup>42</sup> L. Alas «Clarín»: «*Revista mínima*». La Publicidad (30-X-1889).

<sup>43</sup> R. Montoro: «*Les origines de la France contemporaine por H. Taine*». Revista Contemporánea (15-X-1876).

<sup>44</sup> D. Núñez Ruiz: La mentalidad positiva en España, ob. cit.; pág. 120.

<sup>45</sup> F. Agulló: «En Josep del Perojo». *La Veu de Catalunya* (19-X-1908). Cito por V. Cacho Viu: «Don Francisco Giner y el nacionalismo catalán» en el colectivo *En el centenario de la Institución Libre de Enseñanza*. Madrid, Tecnos, 1977; pág. 177.

<sup>46</sup> H. Taine: *Los orígenes de la Francia contemporánea (I)* (prólogo de E. Castelar). Barcelona, Orbis, 1986. Esta edición, que es la que tengo a mano, reproduce la de Sempere (Valencia) anteponiéndole como prólogo el artículo que sobre Taine dio a la luz *La Ilustración Española y Americana* (22-III y 15-IV-1893). *La España Moderna lo editó entre 1900 y 1912, con traducción de Luis de Terán* (ver las excelentes informaciones contenidas en R. Asún: «La editorial La España Moderna». *Archivum*, XXXI-XXXII (1981-82); pág. 192).

<sup>47</sup> P. Estassen: *El positivismo o sistema de las ciencias experimentales* Madrid, Carlos Bailly-Baillière, 1877; pág. VI. Más datos sobre el comitismo y el positivismo en Barcelona y de rechazo en el grupo de la *Revista Contemporánea* se pueden leer en P. Gener: *Amigos y Maestros* (1897). Barcelona, Maucci, 1915. Dice allí sobre Taine: «La influencia de Taine sobre los intelectuales, ha sido enorme. Él es quien ha hecho positivistas a casi todos los intelectuales y artistas de Europa que hoy tienen de treinta a cuarenta años» (P. Gener: *Amigos y Maestros*, ob. cit.; pág. 125). Tiene razón Gener en su aguda reflexión, pues para esa época —1897— el inte-

una colla de joves que fundaren l'Academia de Dret... acullirem amb entusiasme la revista propagadora de les teories positivistes en contra dels principis krausistes, desacreditats abans de creguts, que havien pres carta de naturalesa entre el joventut de Madrid<sup>45</sup>.

En este ambiente es fácil imaginar el impacto del primer volumen de *Les origines de la France contemporaine* aparecido en 1876, dado que la obra de Taine es un intento de aplicación de las ciencias sociales a una nación enferma y derrotada, para tratar de establecer un diagnóstico de sus males; y teniendo presente que una de las columnas vertebrales del análisis de Taine era la afirmación de que todo proyecto regenerador había de respetar la tradición, el *continuum*, el fondo permanente del país:

La forma social y política a la que un pueblo puede llegar y *permanecer* en ella, no depende de la voluntad de aquél, sino que está determinada por el carácter y pasado del mismo. Es indispensable que esa forma se amolde, hasta en sus menores rasgos, a los rasgos vivientes sobre los que se aplica, pues de otro modo se quebrará y caerá rota en pedazos. Teniendo en cuenta esto, si conseguimos hallar la nuestra, ha de ser estudiándonos a nosotros mismos<sup>46</sup>.

se comprenderá cómo positivismo y tradicionalismo se hermanaron en ciertos enfoques y planteamientos, a la vez que dado el fervor con el que el autor de la *Historia de la literatura inglesa* despojaba a la Revolución Francesa de su mitología, atacando el jacobinismo y realzando lo legítimo que late en las costumbres y en la religión, se entiende su honda huella en lo que Josep Pla llamó «la minoría pensant del país».

Ciertamente, en esa minoría hay que instalar a Pedro Estassen y Pompeyo Gener para los tiempos que examinamos. La labor de Estassen en la revista de Perojo fue amplia no sólo por una larga lista de artículos que allí dio a la luz, sino porque colaboró como traductor en la «Biblioteca Perojo». Precisamente, de las prensas de esa Biblioteca salía en 1877 la traducción de la obra de Walter Bagehot, *Origen de las naciones*, llevada a cabo por Estassen. Prescindiendo de la importancia del libro en sí (una importante contribución al darwinismo político en la línea de Herbert Spencer), el prólogo que antepone Estassen es suficientemente explícito de la arraigada fe positivista que anida en los postulados del grupo barcelonés de la *Revista Contemporánea*. Así, si en *El positivismo o sistema de las ciencias experimentales* (1877), afirma que:

El edificio metafísico no puede levantarse ya un punto más, y es tanta su elevación y tan poca su base, que el mejor día, falto de equilibrio, se derrumba; y digo que el edificio metafísico no puede levantarse un punto más, porque este trabajo del entendimiento sobre sí mismo ha llegado a un término extremo<sup>47</sup>,

en el prólogo a *Origen de las naciones* (1877) reafirma:

Hoy sólo buscamos la utilidad en la ciencia; por esto se desarrollan estas más directamente útiles, y si no fuera tal cualidad, grave peligro correría la ciencia. Serían acogidas con indiferencia las obras de la ciencia abstracta, el culto puro de la idea abandonado al soñador sin más auditorio que las cuatro paredes de su gabinete; las obras de filosofía sustituidas por las tablas de logaritmos y de equivalencias y reducciones y sin cultivar el espíritu de aquella rama de la actividad que algún día dará por resultado una nueva ciencia, especie de religión consciente que ha de acercar más y más a la humanidad hacia el ideal<sup>48</sup>.

Asistimos, según Estassen, al final de la metafísica y al triunfo de la ciencia positiva, y desde esta simple enunciación que pone todo su interés en el desarrollo de las ciencias sociales al modo de las ciencias de la naturaleza, el abogado catalán se pronuncia sobre el estado y el medio social de España mediante el artículo «La crisis» publicado en dos partes (30-IV y 15-VIII-1878) en la *Revista Contemporánea*. La primera parte resume las causas de la crisis económica que atraviesa España, poniendo especial énfasis en su relación social y, sobre todo, en los desajustes que produce. En la segunda entrega del artículo, el énfasis se traslada a los planteamientos que, apoyados en la práctica y con un soporte científico, mitiguen y ayuden a la superación de la crisis. Cabe decir rápidamente, para terminar esta breve apuntación, que Estassen se mueve, como casi todas las elucubraciones positivistas, en el marco de un liberalismo burgués. No es casual que tratase de presentar el positivismo a la relajada burguesía barcelonesa que se dio cita en el Ateneo en enero de 1877 para escuchar sus conferencias, como filosofía de sensatez y medida:

si en algo puede tildársele (al positivismo) es por lo que se refiere a su escrupulosidad y medida: de espíritu antirrevolucionario y esencialmente conservador<sup>49</sup>.

Y, repitiese, con más ahínco en «La crisis» (15-VIII-1878):

si queremos evitar el socialismo, la miseria, la revuelta continua, debemos proteger a toda costa el trabajo nacional<sup>50</sup>.

De tal calibre era el miedo a los disturbios sociales y a la ruptura del orden económico-social que estas palabras de su prólogo a Bagehot no necesitan glosa alguna:

Es menester que el obrero moderno sea firme columna de la sociedad y permanezca en estado de quietud y reposo para que el edificio social no bambolee y caiga. A medida que la instrucción vaya penetrando en las inferiores clases sociales, la inquietud será mayor y el edificio social más inseguro; y puesto que no debe ni puede evitarse esta infiltración de los conocimientos en todas las clases sociales, debe haber un nuevo factor que ocupe el puesto del obrero. El trabajo material del obrero debe encargarse a las máquinas, deben utilizarse los animales, en fin, todas las fuerzas de la naturaleza para que el hombre pueda dedicarse a las tareas del espíritu, y realice las funciones propias de su complicado sistema nervioso y desarrollado cerebro, domine y dirija<sup>51</sup>.

lectual más significativo de las letras españolas, en los límites fijados por su afirmación, Miguel de Unamuno, se sentía profundamente influido por Taine, tal y como ha probado H. Ramsdem (The 1898 Movement in Spain. Towards a Reinterpretation. Manchester University Press, 1974) en la línea de lo apuntado por Maeztu en la reseña que del tomo En torno al casticismo publicó La Lectura (II, 1903). Pero no es sólo Unamuno, sino Morote, Miguel S. Oliver, Blasco Ibáñez y, en la órbita de los más jóvenes, Martínez Ruiz, los que sienten devoción por el filósofo francés. A título de ejemplo resulta significativa esta pregunta de Martínez Ruiz en La evolución de la crítica (1899): «¿Quién no conoce la labor maravillosa de Hipólito Taine? Sus libros son populares en todo el mundo, porque Taine ha sido el más portentoso divulgador de ideas científicas» (Azorín: Obras Completas, t. I. Madrid; Aguilar, 1975; pág. 226). Es relevante el trabajo de J.H. Abbot: Taine en Azorín y Francia, prólogo de J. Mariás. Madrid, Seminarios y Ediciones, 1973).

<sup>48</sup> P. Estassen: «Prólogo» a W. Bagehot: Origen de las naciones. Madrid, Biblioteca Perojo, 1877; pág. XV-XVI.

<sup>49</sup> P. Estassen: El Positivismo o sistema de las ciencias experimentales, ob. cit.; pág. 37.

<sup>50</sup> P. Estassen: «La crisis». Revista Contemporánea (15-VIII-1878).

<sup>51</sup> P. Estassen: «Prólogo» a Origen de las naciones, ob. cit.; pág. XXXIV. Sobre las